

## REBELIÓN EN EL MAR

Una vez la ciudad se quedó desierta, ya a altas horas de la noche, el Viejo Orwell se volvió a sumergir. En cada aleteo hacia el interior se daba cuenta de cuanto le habían afectado los años: su coraza se descolocaba un poco de su espalda en cada aleteo, su cuello ya no podía estirarse como antes y sus movimientos no tenían la misma rapidez de antaño. La vejez le pesaba y sabía que su vida no iba a ser mucho más larga. Su cara seguía igual de impassible que siempre pues ¿qué emociones puede expresar una tortuga marina? Pero aquella noche parecía mucho más mayor, un extraño sueño le había hecho perder la calma y necesitaba compartirlo con todos los animales acuáticos de la zona.

Enseguida aparecieron allí las especies más diversos que se pueden imaginar para escuchar a la vieja tortuga. Los peces payaso y cirujano se entrelazaban entre sí formando un torbellino naranja-azulado. Las tortugas marinas aparecieron para colocarse sobre las suaves arenas. Algunos pulpos se acercaban tímidamente; también rayas y algún tiburón pequeño. Incluso una gran ballena azul vino para escuchar el mensaje del Viejo Orwell. Todos aquellos animales se habían reunido alrededor de un tubo fluorescente, uno que la corriente arrastró un día. Habían conseguido que brillara envolviéndolo con restos de plástico y con la energía de unas anguilas eléctricas. La luz que emanaba no era mucha, pero suficiente para que todos se pudieran ver las caras. El viejo Orwell observaba con tristeza a sus compañeros desde lo alto de una roca. Cuando vio que todos estaban acomodados empezó su discurso.

-Compañeros, como ya sabéis pronto os dejaré...-decía costándole hablar- *En todos mis años de vida he acumulado mucha sabiduría, la cual ahora quiero compartir con vosotros, pero antes quiero formularos una pregunta: ¿Cuál es el sentido de nuestras miserables vidas?* Si conseguimos librarnos de que algún otro animal nos coma, los humanos consiguen quitarnos la vida de cualquier otra forma. Millones de bancos de peces y otros muchos animales han desaparecido por su culpa. Algunos, los que tienen suerte, son cogidos para ser expuestos; y están condenados toda su vida a ir de un lado a otro de un acuario esquivando las manazas de los niños. Esta es nuestra vida, una vida que hemos aceptado sin protestar. Pero es que resulta que hace unos años, casi sin darnos cuenta, los humanos iniciaron un exterminio en masa de todos los seres que vivimos en mares y océanos. Esos plásticos, envases de comida, tanques de petróleo y todos los restos que nosotros al principio tomamos como inofensivos, están acabando con nuestra vida. ¿Cuántos conocidos vuestros habrán muerto ahogados entre basura? ¿Cuántos se han quedado sin oxígeno en las aguas contaminadas? ¿Ya no os acordáis de los que murieron cuando aquel barco se rompió y soltó tantas toneladas de petróleo? Por más que organicemos brigadas para devolver a la superficie esa basura, jamás ganaremos la batalla a los hombres. Si no hacemos nada, ningún ser marino podrá vivir más en nuestra agua. El hombre es el único enemigo que tenemos. Quitemos al hombre de escena, y el foco de nuestra perdición será eliminado para siempre.

La división del trabajo en este momento se diversificó. Los peces que protegían las costas se empezaron a llamar Guerreros y los que transmitían los mensajes, Mensajeros. Aquellos que se dedicaban a sacar los restos humanos del mar eran los Residuales. Y las tortugas marinas empezaron a llamarse a sí mismas Conquistadoras. Incluso había peces que se habían convertido en algo parecido a los juglares; los cuales contaban las historias de como los animales aterrorizaban a los humanos. Hubo un cantar que se hizo muy famoso llamado *Cantar del tiburón Arturo*. Que al principio contaba las hazañas de un tiburón muy valiente, pero al llegar por la zona de los mares ingleses la historia se les fue un poco de las manos...

Entonces llegó el día de iniciar la segunda fase. Las tortugas salieron en grupo a la superficie guiadas por Eric y George. Debían conseguir eliminar los vertidos industriales de la fábrica de su zona como fuera. Querían servir como ejemplo a todos los demás animales acuáticos, para así motivarlos a pisar tierra también. Era un día de lluvia, lo que les permitiría caminar largas distancias sin deshidratarse. Todas "caminaron" por la arena, al principio con miedo, como si no acabaran de creerse lo que estaban haciendo. En su camino, bordeaban cualquier resto humano que se les cruzaba: toallas, sombrillas, cubos, pelotas... Dejaron atrás la arena y empezaron a caminar por las aceras. Ya no estaban solas, el hombre reinaba en esta parte del camino. Aun así, no suponía ningún problema para ellas: cuando un humano las veía, corría aterrorizado; como si todas aquellas tortugas hubieran salido del mismísimo infierno. Todas disfrutaban del efecto que provocaban, hacían que su trabajo fuera mucho más fácil.

No tuvieron que aletear mucho más para alcanzar su objetivo: una gran fábrica petroquímica. Era la más grande que habían podido detectar en la zona. Sus chimeneas desprendían humo negro constantemente, el cual se podía ver desde el océano. Sus residuos los echaban por un gran conducto de hormigón. El final de este estaba a 20 metros bajo el nivel del mar y coincidía con el hábitat de unos corales; a causa de esto, los pobres se habían convertido en viscosas rocas negras. El olor fétido de sus vertidos afectaba a todos los animales de la zona y ya había llegado la hora de pararlo.

Todas las puertas de la fábrica estaban abiertas, así que las tortugas entraron con gran facilidad. Sorprendidas por los pocos humanos que se encontraron, que huían despavoridos al verlas, llegaron hasta la gran sala central de producción. Entraron agrupadas las unas a las otras formando un pequeño mar de tortugas. Tenían las cabezas escondidas en sus corazas, las cuales parecían escudos. Avanzaban todas juntas lentamente como si esperaran que les cayera encima una lluvia de flechas. Nada por el estilo, sino que se hizo un gran silencio de repente. George fue el primero en sacar la cabeza, y su sorpresa fue inmensa; los hombres de allí también habían salido huyendo.

Las tortugas se quedaron atónitas ante lo que veían. Había una máquina que estaba convirtiendo el petróleo en objetos de plástico a una velocidad inimaginable. Eric dio la orden de destruir la máquina, pero George, que era mucho más espabilado, subió a la cabina de control y aunque nadie sabía cómo supo cuál era el botón correcto, la apagó. Eric se dio prisa en subir también, no podía permitir que George estuviera por encima de él. Habían ganado, y para hacerlo oficial cantaron otra vez el rap de la rebelión antes de volver al agua, pues estaban ya prácticamente deshidratadas. Su acción se difundió rápidamente y se convirtió en la más contada por los peces juglares, superando incluso al tiburón Arturo. Ahora solo quedaba esperar a que otros animales hicieran lo mismo que ellos.

Los tiburones volvieron y se colocaron detrás de Eric, sin atacar. Eran los mismos tiburones a los que Eric había estado dirigiendo para apartar a los humanos. Él se puso sobre la roca donde antes había estado George y se preparó para soltar un discurso:

-¡Nuestro compañero es un traidor! Después de pasar tanto tiempo en la superficie se ha aliado con los humanos en nuestra contra. Quería encender la fábrica saltándose así una de las dos normas que impusimos el gran día en que nuestra rebelión tuvo éxito: ningún animal puede contaminar las aguas bajo ningún concepto. Era malvado y nos llevaría a la perdición. Su destierro era fundamental.

Todo el mundo se quedó estupefacto ante lo que acababa de pasar. Nadie decía nada. Una de las tortugas más fieles a Eric habló en su defensa:

*-Amigos míos, estoy seguro de que todo el mundo aprecia el sacrificio que ha hecho Eric poniéndose todo el peso de dirigir sobre sus hombros. Nadie cree más firmemente que él en que todos los animales son iguales. Él estará encantado de que toméis vuestras propias decisiones; pero a veces tomaréis algunas incorrectas y alguien os tendrá que salvar, como acaba de hacer ahora con George. Eric es el único que nos puede echar adelante. ¿O es que queréis volver donde estábamos antes?*

Todo el mundo negó con la cabeza y se unieron al grito que la tortuga había empezado: ¡Larga vida a la rebelión!

Las tareas se repartieron otra vez y todo volvió a la normalidad. Ahora era Eric quien solía ir mucho a la superficie...

Tres semanas después de la desaparición de George, todo el mundo se sorprendió al oír decir a Eric que la fábrica tenía que ser abierta. No dio ninguna explicación por haber cambiado de opinión. Esa tarde uno de sus fieles seguidores explicó a los demás animales *que en realidad la idea había sido desde el principio de Eric, que George se la había robado*. Evidentemente, todo el mundo le creyó.

Mientras, en la fábrica, Eric estaba tumbado en la cabina leyendo. Desde que sabía que George había aprendido, había estado intentando hacerlo él también por su cuenta para estar a su altura. Ahora acababa de empezar un libro que había encontrado rebuscando en uno de los cajones de la cabina, *Rebelión en la granja* se llamaba. Y con la cabeza llena de planes de futuro, comenzó a leer.

Todos los sucesos que acontecieron desde ese momento se iban transmitiendo gracias a las historias de los juglares por todo el océano.

-¡Las tortugas aprenden a utilizar los utensilios de los humanos! (...)

-¡La evolución ha llegado! Las tortugas abren más fábricas. (...)

-¡Exclusiva! Encuentran la forma de que los peces también lleguen a la superficie. (...)

-La paz está aquí, humanos y tortugas crean alianzas. (...)

-Las normas cambian: Todos los animales son iguales, *pero hay algunos que son más iguales que otros*. (...)

-¡A la caza de los atunes rojos! Sacrificados por el bien común. (...)